

# NOVIEMBRE Y NARANJAS

Autor: M<sup>a</sup> Carmen Jaime Santamaría

## PRIMER PREMIO RELATOS 2010 (PADRÓN)

En noviembre las tardes son cortas; la noche aparece en cada una de ellas casi por sorpresa, como si el sol cansado de tantas horas de trabajo durante el verano y parte del otoño, tuviese prisa por irse a descansar.

Pliega sus rayos cada día más temprano y nos deja sin su luz cálida y brillante; huérfanos de largas tardes de playa, música, copas y confidencias con los amigos; de interminables juegos con los niños, de paseos y helados, esperando la noche para disfrutar de su frescura, de la fragancia de la dama de noche, de la luna que empuja con fuerza a ese sol que se resiste a desaparecer y que al llegar el otoño, desfallecido y sin fuerzas, se retira cada día más temprano para cargar su brillo y energía, y volver a ser el mismo en la primavera, tímidamente al principio y con toda su fuerza en verano, dándonos de nuevo la vida que se aletargó en el invierno.

Una de esas tardes de Noviembre, salí a la calle para dar un pequeño paseo. No me desagradaba el invierno. Quizá al ser el verano tan largo aquí en el Sur, deseo casi obsesivamente la llegada de las primeras lluvias y reviso mi ropa de invierno demasiado pronto, como si con desear un poco de agua o de frío y contar jerséis de lana, prendas de abrigo y comprobar el estado de los paraguas tantos meses olvidados, le diera un empujoncito a ese frío tan esperado.

Salí a la calle sin rumbo fijo. Solo quería que me diera un poco el aire de la noche, pues hacía rato que el sol se había puesto y las farolas iluminaban las calles. Una fina llovizna caía sobre la ciudad, presagio de una noche lluviosa y desapacible que al igual que las anteriores se estaba convirtiendo en la costumbre del otoño. Por eso el paraguas era mi fiel compañero desde hacía muchos días. Dí la vuelta a la manzana y enfilé la calle Virgen del Sol por detrás de mi casa.

Esa tarde algo me llamó la atención; una furgoneta blanca con las luces de posición encendidas y las puertas traseras abiertas estaba aparcada en un lateral de la calle, lejos de la frutería del barrio. Dentro un hombre joven jugaba al ajedrez él solo, y ofrecía unas cajas de naranjas con un cartel encima de una de ellas en el que se leía:

“NARANJAS DE LA ALGABA RECIEN COGÍAS”

Las cajas sobresalían del suelo de la furgoneta de modo que las naranjas estaban llenas de gotitas del agua fina pero persistente que caía.

Me paré un momento y el hombre me preguntó si quería naranjas.

—¿Seguro que son buenas?

—Recientitas señora

—¿Cómo va la partida? —le contesté, pues la verdad es que no llevaba intención de comprarlas.

—Bien, hago alguna trampa y voy ganando, pero así se me hace el tiempo más corto; pruébelas usted que son muy buenas de verdad.

Me ofreció una, la cogí y empecé a quitarle la piel poquito a poco mirando como continuaba su partida. Yo no sé jugar al ajedrez y cualquier persona que lo hace me parece casi magia. Encuentro ese juego o deporte bastante complicado.

Fue en ese momento, cuando el aroma de la piel de naranja llegó a mi nariz, un recuerdo ya lejano vino a mi memoria.

Es cierto que los olores evocan sentimientos y recuerdos del pasado. Un simple lapicero de madera te hace volver a tus años de infancia esforzándote en escribir correctamente, un cajón donde están las mantelerías de Navidad, te hace revivir las felices y las no tanto. La caja donde guardas las ropitas de tu bebé con su olor a colonia, te hace sentirte madre joven otra vez. El olor de una pastilla de jabón te transporta a los tiempos en que no había gel y tu baño dependía de ese humilde trozo de jabón de olor.

Esa naranja encendió el recuerdo de las meriendas en María Cristina. Los meses de noviembre en Aranjuez eran lluviosos, muy lluviosos y nuestros recreos transcurrían debajo de las marquesinas que daban al salón de actos del patio de pequeñas.

Hacía frío y nos quedábamos de vez en cuando calladas viendo caer la lluvia que chorreaba de los canalones. Mirábamos con nostalgia los tilos del jardín, esperando la lejana primavera cuando ayudábamos a recoger su fruto. Parecía que no iba a dejar de llover nunca y nuestros juegos estaban guardados en los cuartitos del pasillo de los pianos esperando el buen tiempo.

A la hora de la merienda las monjas traían unos grandes cestos de pan y otros de onzas de chocolate que comíamos con gusto en corrillos y entre risas. Algunos días traían también unos cestos de naranjas frías y ásperas por fuera, pero deliciosas por dentro.

Al quitarle el primer trozo de piel unas gotitas de su zumo salían disparadas hacía nuestros ojos que lagrimeaban de la irritación.

Después de comerlas las manos se quedaban frías, llenas de chorreones de zumo y con las yemas de los dedos algo amarillos del esfuerzo al pelarlas. Corríamos al lavabo y en la pila grande bajo el chorro de agua fría nos quitábamos los restos de la estupenda naranja; pero algo de olor quedaba durante el resto de la tarde y a mí me gustaba en la Capilla y en la hora de estudio llevarme las manos a la nariz y recordar el olor de aquella naranja de la merienda que me había dejado las manos frías pero que me supo a gloria.

Todo eso recordé mientras comía la naranja que el ajedrecista de la furgoneta me había ofrecido. Él me sacó de mi ensimismamiento:

—¿Está o no está buena?

—Estupenda —le contesté—. ¿Son tuyas?

—Sí, antes no las vendía, eran para la familia y amigos que venían a cogerlas, pero ahora ya sabe usted... la crisis.

Me llevé 2 kilos de naranjas y de recuerdos, y dejé al hombre de la furgoneta con su partida de ajedrez que ganaría con alguna trampa.

Seguía lloviendo, pero continué mi paseo. De vez en cuando me llevaba las manos a la nariz y me volvía a ver de uniforme, muy pequeña, un tanto desvalida, en el recreo con un montón de compañeras comiendo una estupenda naranja, y esperando que el sol volviera a dejarse ver para seguir con nuestros juegos infantiles: los patines, las bicicletas, los balones...

Y es que un olor te transporta a lugares y hechos sencillos que los habías olvidado, sin saber que anidan en el fondo de tu alma para aflorar cuando menos lo esperas y que te hacen recordar que un día fuiste niña.